

EL

# ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



## SUMARIO.

*Hija, esposa y madre*, (continuacion), por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*A la memoria de un ángel*, por A. Zamacois.—*Sueño*, (continuacion), por doña Blanca Rosa Rodon.—*Pedro y Camila*, (continuacion), por Alfredo de Musset.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Explicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.

Con este número se reparte un figurin y el pliego once del tomo sexto de la *Galeria de mujeres célebres*.

## HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

## PARTE TERCERA.

## MADRE.

(Continuacion).

## IV.

HONORIA Á CLARA.

Madrid, junio de 18...

¿Que cómo me va en mi retiro, mi buena y encantadora amiga? A Dios gracias, tan bien como pudiera desear, puesto que mis haberes bastan para mis modestas aspiraciones, y para mis modestos hábitos.

Ya sabe V. que hará ocho meses cerré mi casa de pension, y me retiré á vivir con tranquilidad, y como decia una célebre escritora francesa—«para Dios y para mis amigos:»—Petra se casó, como V. sabe tambien, con un ebanista, que la ama y aprecia sus buenas cualidades: es una gran verdad que Dios aun en esta vida premia á los buenos hijos, y de esto es un ejemplo esta niña, que llegó á nuestra puerta á pedir una limosna hambrienta, miserable, contrahecha, casi horrible de fealdad, de miseria y de dolor: yo y mis niñas le tendimos una mano

protectora. Dios tocó en nuestros corazones, y luego su buen natural, su amor al trabajo, al santo y honrado trabajo, hicieron lo demás.

Usted se hallaba ya entonces en Barcelona y al lado de sus tios, y no sabe ni pudo ver de qué modo esta criatura logró ir salvando los escalones de la miseria mas profunda para convertirse en un ser simpático, agradable, casi bello, á pesar de su deformidad: la bondad, que se pintaba en su rostro y que reflejaba en todas sus acciones, y un estremo aseo hicieron este milagro; Petra se aplicó al trabajo, adquirió á mi lado conocimientos modestos y útiles por el afan de socorrer á su madre, anciana paralítica, y casi ciega, y llegó á poder dirigir la pension secundada por mis pasantas, en dos ó tres ocasiones que yo tuve que salir de Madrid, una de ellas para pasar algun tiempo al lado de Mérida.

Su madre no carecia de nada: ambas ocupaban una bohardillita, que hay sobre el tejado de mi casa, pequeña y muy humilde, pero alegre como un nido de golondrinas, calentada en el invierno por el bello y alegre sol, y bien aireada en el verano: Petra, la pobre é indigente jorobadita, supo hacer de aquella humilde estancia, una vivienda aseada, agradable, primorosa: les daba yo un poco de mi modesta comida, y así que supo coser regularmente, le busqué labor en un almacen de lencería: ¡qué prodigios de laboriosidad, de economía, de aseo y de inteligencia obraba Petra! ¡á cuánto alcan-



za una firme voluntad, guiada por una intencion sana y buena!

La anciana se vió bien cuidada y atendida con esmero, y poco á poco las ganancias de la jóven costurera le daban los medios de aumentar sus comodidades. Petra, aseada, y con una vida tranquila y recogida, descubrió bien pronto gracias en su semblante, y su estatura se elevó mas de lo que se esperaba: estas dos excelentes criaturas vivían alegres, y no pocas veces subí á olvidar mis propias penas á su humilde bohardilla.

Jamás se atrevían á preguntarme la causa de mis tristezas; pero la anciana se incorporaba lo posible en su sillón, tomaba mi mano, y la besaba diciéndome:

— Mi buena señora, paciencia y confianza en Dios: él no nos olvida jamás, y buena prueba de eso somos mi hija y yo, que, cercanas á fallecer de hambre, hallamos á V., como un ángel de salvacion, en nuestro camino, para tendernos una mano protectora: oremos juntas, y él nos oirá, porque es imposible que desoiga el ruego unido de la beneficencia y de la gratitud!

Rezábamos las tres: saha yo de allí con el corazón mas libre y mas aliviado: la vista del bien que se hace es la mejor tisana para las enfermedades del espíritu: el remedio, además, no tardaba en llegar.

La anciana murió hace dos años: Petra, pasado el año de luto, se casó: habia conocido en el almacén, para donde bordaba, á un jóven y hábil ebanista, que hacia algunas reformas en la tienda: este oyó elogiar mil veces su habilidad, su modestia, su ternura filial, su talento poco común—don que Dios concede casi siempre á los pobres lisiados, no como algunos dicen para mayor tormento, sino como una sabia compensacion—y lo escogido y afable de sus maneras.

Petra estaba á mi lado: habíale yo hecho cerrar su bohardillita, consagrada con el piadoso recuerdo de su madre, y vivía en mi propia habitacion: el honrado obrero vino á verme y me pidió el permiso de visitar á mi protegida, y de ver si sus caracteres se convenían.

—He pensado en casarme, dijo: pero no lo haré, si no con una mujer honrada, laboriosa, buena, distinguida en su clase: tengo á mi madre á mi lado, y deseo también que la jóven, á la cual me una, la cuide como si fuera su propia hija, porque ya es muy anciana y está muy achacosa: ninguna de las mujeres que conozco,

creo que podrá llenar, como Petra, todos mis deseos: y así, señora, si dentro de tres meses, juzga que puedo yo hacerla feliz, y que ella puede hacerme dichoso, nos casaremos.

El trato descubrió en Petra nuevas virtudes y nuevas gracias: Vicente queria casarse pasado el primer mes, pero Petra se opuso á ello, hasta que llegase el término prefijado: en fin, esta union se celebró dos dias despues de cerrar yo mi casa de pension, y la alegría de haber asegurado la suerte de mi protegida me ha consoñado algo del dolor de separarme de mis niñas: he sido la madrina de la boda, y luego, cediendo á los ruegos de Petra, de Vicente y de la madre de este, buena y sencilla mujer, he ido á ocupar una salita y un gabinete que me ceden en su cuarto piso de la Plazuela de Oriente, por una módica suma, que á ellos les ayuda á vivir, y no escede á mis modestos recursos.

Vicente es un honrado artesano, ejemplar, laborioso, ilustrado: Petra ha hecho de sus dos salitas, dos modelos de aseo y de elegancia: la una la ocupa la anciana, y ellos la otra: la madre, primorosa para la cocina, arregla mi comida, y la de la familia, y el rato que le queda hace calcetas. Petra arregla su casa, cose, borda y aplancha para todos, y aun le sobran dos horas cada día para dedicarlas al almacén de lencería: por las noches recibo en mi habitacion á algun amigo ó amiga que viene á hacerme compañía y los domingos los paso con esta amable y bien avenida familia que miro como si fuera la mia: jugamos á la lotería, y luego tomamos té, yéndose cada uno á su cuarto al dar las once.

Tal es, Clara, la vida sencilla, modesta y apacible de esta amiga, que piensa mucho en V. y en su hermana: sí, mucho piensa en las dos: pero en Mérida, debo confesarlo, pienso muy tristemente.

Su madre de V., en cuya compañía como todos los jueves, está muy alarmada: dice que Mérida le escribe ahora muy poco, y que en las cartas que recibe advierte un sello de dolor tan profundo y á tanta costa disimulado, que la aterra: qué sucede á ese ángel que tiene tantos derechos á ser dichoso? la ambicion que Bautista demostraba desde hace algun tiempo, habrá llegado hasta hacerle duro y cruel con su mujer, hasta hacerle olvidar la gratitud que le debe?

Si algo sabe V., Clara, dígamelo: hoy mi única pena es creer á Mérida infeliz!



Adios, amiga mia, y reciba un abrazo de su  
apasionada.

HONORIA.

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

## A LA MEMORIA DE UN ANGEL.

Desierta está la aldea,  
el campo yerto;  
las lúgubres campanas  
tocan á muerto.

Su lánguido sonido  
turba mi calma,  
y el corazon me hiere,  
me hiere el alma.

Perla preciosa,  
jarron de flores,  
virgen hermosa  
de mis amores.

Ven; yo te llamo....

¿En dónde estás? ¿En dónde resplandeces?  
¿dónde te iré á decir cuánto te amo?  
¡te busco sin cesar y no pareces!

Ha muerto! Entre celages  
de grana y oro  
está el ángel bendito  
que tanto adoro.

Y yo solo llorando  
paso la vida  
como fuente entre arenas  
desconocida.

Fuente sonora,  
rizo de espuma,  
ave canora  
de blanca pluma.

Célica maga,  
ah! ¡Cuánto envidia la flotante nube  
que silenciosa vaga  
y á interponerse entre nosotros sube!

Contigo era mi vida  
pradera amena,  
llena de frescas brisas  
de aromas llena.

Sin tí, lóbrega selva,  
jardin sin flores,  
sin brisas, sin aromas,

ni ruiseñores.

Flor nacarada,  
pálida estrella,  
enamorada  
tórtola bella.

Pronto he de hallarte,  
pronto el dolor acabará conmigo  
y el espacio hendiré para alcanzarte,  
para poder vivir siempre contigo!

R. Zamacois.

## SUEÑO.

(Continuación).

Eran tan tristes y solemnes las palabras de Agueda, que Laura se sintió fuertemente impresionada, retratándose en sus facciones la melancolía que de ella se habia apoderado, y aquella frente coronada de brillantes y en la que momentos antes se anidaba el placer, se inclinó triste y meditabunda, semejante á un bello lirio azotado por el huracan. ¡Oh, Laura! cuantas veces tendrás que doblegarla agobiada con el peso de los desengaños que te dará esa sociedad que tanto amas!

Un breve silencio reinó entre Agueda y la jóven; mas notando aquella el efecto producido por sus palabras, exclamó:

—¡Dios santo! ¡qué aturdida soy! ¡pues no he afijido á esta querida niña!

—No, mi buena Agueda; no te pese mostrarme el mundo tal como es, pues me evitarás muchas penas. Pero dime, prosiguió con acento suplicante, ¿qué hemos de hacer para vivir felices en ese mundo, en esa sociedad?

El semblante de Agueda volvió á adquirir la espresion grave de antes, y con el tono solemne, que le era peculiar, repuso:

—¡Ser felices! ¡Problema difícil de resolver! sin embargo, no creais por eso, mi querida señorita que solo nos rodee la desgracia, no; se puede gozar cierta tranquilidad, podemos llamarle dicha, en que hay momentos que se es feliz, pues no deseamos un mas allá. Mas no creais que se adquiere en bailes, teatros ni paseos, no; en el hogar doméstico, en ese sagrado recinto, es donde se oculta el inestimable tesoro de la felicidad. El afan que tiene la mujer por adquirir joyas y costosos ropajes para adornar el cuerpo, que le





tenga para embellecer con preciosas virtudes su corazón, y de sólidos principios su entendimiento. Que se cuide de transmitirlos á sus pequeñuelos y no los abandone desde que nacen á manos mercenarias, por entregarse á esa sociedad que las moteja y las desprecia. ¡Oh, señorita! La mujer que olvida deberes tan sagrados por un sarao, una ópera, es un monstruo que no merece existir.

—¡Dios mío, Agueda! Jamás te había oído manifestar esas ideas. Me causa temor la severidad con que juzgas á la mujer!

—Si os hablo así, señorita, es porque pronto tendreis que cumplir con los deberes de esposa. Muchas creen que despues de pertenecer á ese estado, solo van á gozar, á ser felices, para lo cual emplean los medios mas opuestos á los que debian emplear. Decidme, señorita; puede un hombre amar á una mujer que no se cuida de él ni de sus hijos y que pasa su vida entregada á las modas y demás superficialidades? Creedme, señorita; cuando os veais unida á vuestro Teodoro, cuando él os dé su nombre, os entregue su felicidad, no aspireis á nada mas que á su amor; que cuando le veais contemplaros enagenado de placer y oigais su trémula voz bendeciros con honda emocion, ¡oh! entonces comprendereis que no hay felicidad mayor, placer mas dulce, que el saber cumplir nuestra grave mision.

—¡Laura! llamó una voz. ¿Aun no estás lista?

—¡La señora! exclamó Agueda. Tomad los guantes, querida señorita. Bien! Estais divina y el señor Teodoro va á ser muy envidiado esta noche.

Los negros ojos de la jóven irradiaron rayos de alegría y sus bellas facciones recobraron el aire de placer que les era habitual y que habian perdido con la conversacion de la grave sirvienta ¡Olvidamos tan fácilmente, á esa edad, las impresiones desagradables!...

—Vamos, dijo Laura, mirándose con coquetería y sacudiendo las anchas blondas de su corpiño, ligeramente impregnadas de un suave olor. Momentos despues, el ruido de un coche que se alejaba anunció á la fiel sierva que sus señoras no estaban en casa. Comenzó á poner en orden el pequeño gabinete, murmurando:

—¡Pobreseñorita! Así la educan y así prosigue ella. ¿Mas qué hacer? ¡Oh! Qué lástima que estos tiernos corazones no tengan unos guías mas prudentes, precavidos y conocedores de la verdadera felicidad!

Un mes despues de esta conversacion, se ve-

rificó el matrimonio de Laura con el acaudalado jóven D. Teodoro M. Al partir, la desposada se arrojó en los brazos de su madre, que murmuró en el oído de la jóven estas irreflexivas palabras:

—Laura; te has unido á un hombre que es dueño de inmensas riquezas. Veamos si sabrás sostener tu posicion como debes.

Muy distinta fué la observacion hecha por la prudente Agueda.

—Mi querida señorita, le dijo estrechándola á su pecho. Acordaos de la conversacion que tuvimos hace tiempo; señorita, haceos amar por vuestro esposo: no olvideis los santos deberes que teneis que cumplir, porque, de lo contrario, sereis muy desgraciada, querida niña.

Sentidos sollozos fueron la respuesta de Laura, que no pudo articular mas palabra que un adiós triste, cuyo eco se perdió con el ruido del coche en que partian los esposos.

Pero este pasajero pesar fué borrado bien pronto en el corazón de Laura; le faltaba tiempo á la jóven para disponer sus adornos y deslumbrar á la sociedad con su lujo asiático. Además, viajaba, y todo el que viaja se olvida de sus penas. Seis meses emplearon ambos jóvenes en recorrer las principales ciudades de España, y despues fijaron su residencia en Sevilla.

Teodoro mandó amueblar un semi-palacio, en el que todo competia en riqueza y buen gusto, y pronto la mas escogida sociedad de Sevilla invadió aquellos salones, que abrian sus puertas dos veces por semana.

(Se continuará).

Blanca Rosa Rodon.

## PEDRO Y CAMILA.

POR ALFREDO DE MUSSET.

(Continuacion.)

Mr. de Arcis cayó poco á poco en el mas profundo pesar: pasaba la mayor parte del dia solo, encerrado en su gabinete ó paseándose en el bosque. Se esforzaba cuando veia á su mujer en mostrar un semblante tranquilo, y trataba de consolarla, pero en vano. Mme de Arcis, por su lado, no estaba menos triste; una desgracia merecida puede hacer verter lágrimas casi siempre tardias é inútiles: mas una des-



gracia sin motivo abruma la razón y desalienta la fé.

Estos dos recién casados, nacidos para amarse y que se amaban, empezaron á verse con pena, y á evitar su encuentro en las mismas calles de árboles, donde pocos meses antes venían á hablarse de una esperanza próxima, tranquila y pura.

M. de Arcis, al desterrarse voluntariamente á su casa de campo, no había aspirado mas que al reposo: la felicidad parecía haberle sorprendido allí: Cecilia, su esposa, tampoco había hecho mas que un casamiento de razón: pero el amor había llegado y era recíproco; y sin embargo, un obstáculo terrible se había colocado de repente entre ellos, y este obstáculo era precisamente el objeto mismo que hubiera debido ser un lazo mas sagrado y mas tierno.

Lo que causaba esta separación repentina y tácita, mas afrentosa que un divorcio, y mas cruel que una muerte lenta, era que la madre, á pesar de la desgracia de su hija, la amaba con pasión, en tanto que el caballero, á pesar de sus propósitos, á pesar de su paciencia y de su bondad, no podía vencer el horror que le inspiraba esta maldición de Dios que pesaba sobre la pobre niña.

—¿Será verdad que yo aborrezco á mi hija? se preguntaba él con frecuencia en sus paseos solitarios? es acaso su culpa si la cólera del cielo la ha herido? no debería mas bien compadecerla, tratando de dulcificar el dolor de mi esposa, ocultar lo que yo sufro, y velar sobre esa criatura? A qué triste existencia está destinada, si yo, su padre, la abandono? ¿qué sera de ella? Dios me la envía así: yo debo resignarme: ¿Quién la cuidará? quién la educará? ¿quién la protegerá? ella no tiene en el mundo mas que su madre y yo: no encontrará un esposo; no tendrá jamás ni hermano ni hermana: basta con una desgraciada mas en el mundo: á no tener corazón, yo debo consagrar mi vida á hacerle soportar la suya.

Así pensaba el caballero; despues corría á su casa con la firme intención de llenar sus deberes de padre y de esposo.

Encontraba á su hija en los brazos de su mujer y se arrodillaba delante de ellas tomando las manos de Cecilia entre las suyas: le habían hablado, decía él, de un médico célebre que haría venir: aun había esperanza: se le atribuían curas maravillosas: hablando así, tomaba á su hija entre sus brazos y la paseaba por la habitación: pero terribles pensamientos le asediaban á pesar suyo: la idea del porvenir, la vista de aquel ser silencioso é incompleto cuyos sentidos estaban cerrados, la idea de la reprobación, de la repugnancia, de la compasión,

del menosprecio del mundo le abrumaban: su semblante palidecía, sus manos temblaban: devolvía la niña á su madre, y se alejaba para ocultar sus lágrimas.

En estos momentos era cuando Mme. de Arcis estrechaba á su hija contra su corazón con una especie de ternura desesperada, y con esa mirada profunda del amor maternal, el mas violento y el mas altivo de todos: nunca dejaba oír una queja: se retiraba á su cuarto, colocaba á Camila en su cuna y pasaba horas enteras, muda como ella, mirándola con desolada expresión.

Esta especie de exaltación sombría y apasionada llegó á ser tan fuerte, que no era raro ver á Mme. de Arcis guardar el mas absoluto silencio durante días enteros: en vano se le dirigía la palabra: parecía que quería saber por ella misma lo que era aquella noche del espíritu, en la cual debía vivir su hija.

Hablaba por señas á la niña, y era la única que sabía hacerse comprender de ella: las otras personas de la casa, el caballero mismo, eran extraños para Camila: la madre de Mme. de Arcis, mujer de un talento vulgar, no iba nunca á Chardonneux (así se llamaba la tierra del caballero) mas que para deplorar la desgracia que abrumaba á su yerno y á su querida Cecilia: creyendo dar pruebas de sensibilidad, se compadecía sin cesar de la triste suerte de esta pobre niña, y se le escapó decir un día:

—Mas valiera para ella no haber nacido!

—¿Qué hubiérais, pues, hecho, si yo hubiera nacido así?—esclamó Cecilia casi con el acento de la cólera.

Y sin esperar la respuesta de su madre, salió de la estancia.

El tío Giraud, maestro de obras, no encontraba gran mal en que su pequeña sobrina fuese muda.

—He tenido, decía él, una mujer tan bichillera, que miro cualquiera cosa del mundo como preferible: esta niña está segura anticipadamente de no emplear jamás malas palabras ni de oír las; de no incomodar toda una casa cantando sentimentales aires de ópera, que son todos parecidos: no será quejumbrosa, no dirá injurias á las criadas como mi mujer lo hacía siempre: no se despertará nunca si su marido tose, ó si se levanta antes que ella para vigilar sus obreros: no soñará en voz alta, será discreta: verá claro, porque los sordos tienen buenos ojos: arreglará una cuenta contando por los dedos, y pagará si tiene dinero, pero sin discurrir trampas como los propietarios á propósito de la menor edificación: ella sabrá por sí misma una cosa muy buena que no se aprende de ordinario sino con dificultad, y es que vale mas hacer que decir.



Si tiene el corazon en su lugar, ya se conocerá sin que tenga necesidad de ponerse miel en la punta de la lengua; es verdad que no reirá en sociedad, mas tampoco oír durante la comida á los aguafiestas que hablan por períodos: será bonita, tendrá ingenio, no hará ruido: á fé que si fuera jóven, no tendria reparo en casarme con ella cuando fuese grande, y hoy que soy viejo y sin hijos, no tendria dificultad en llevarla á mi casa, como á mi hija, si por acaso os fastidiaba.

Mientras el tio Giraud tenia semejantes discursos, un poco de alegría cercaba por algunos instantes á M. de Arcis y á su esposa: no podian dejar de sonreír ambos ante esta ingenuidad un poco brusca, pero respetable, y sobre todo bienhechora, que no queria ver el mal en ninguna parte.

Pero el mal estaba allí: todo el resto de la familia miraba con ojos asustados y curiosos esta desgracia poco comun: los criados de la casa formaban círculo cada dia antes de comer razonando acerca del estado de la pequeña Camila.

Cecilia se sentaba algunas veces cerca de ellos, teniendo á su hija sobre sus rodillas. Si Rafael hubiera vivido entonces, la *virgen de la Silla* hubiera podido tener una hermana: tal era la belleza de la madre y de la niña.

### III.

Camila crecia rápidamente: la naturaleza llenaba triste pero fielmente su tarea: la pobre criatura no tenia mas que sus ojos al servicio de su alma: sus primeros gestos fueron como lo habian sido sus primeras miradas, dirigidos hacia la luz: el mas pálido rayo de sol le causaba transportes de alegría.

Cuando empezaba á tenerse en pie y á andar, una curiosidad extrema, le hacia examinar y tocar todos los objetos que la rodeaban con una delicadeza mezclada de temor y de placer que tenia algo de la vivacidad de la infancia, y ya del pudor de la mujer. Su primer movimiento era el de correr hacia todo lo que le parecia nuevo, como para asirlo y apoderarse de ello; pero se volvía siempre desde la mitad del camino á mirar á su madre, como para consultarla. Asemejábase entonces al arriño que se detiene y renuncia á la senda que queria seguir si ve que un poco de fango ó arena puede manchar su blancura.

Algunos niños de la vecindad venian á jugar con Camila en el jardin: mirábales ella hablar con una atención constante y sostenida: estos niños, poco mas ó menos de su misma edad, ensayaban hacer repetir á Camila las palabras de sus ayas, é intentaban, alzando la voz todo lo po-

sible, enseñarlas á su compañera, que no percibía otra cosa que el movimiento de sus lábios: algunas veces, para probar que ella habia comprendido, estendia las manos hacia sus pequeñas amigas, quienes por su parte retrocedian asustadas delante de esta espresion del mudo pensamiento de Camila.

Mme. de Arcis no se separaba de su hija: observaba con ansiedad las menores acciones, las menores señales de inteligencia de Camila: si ella hubiera podido adivinar que el abate l'Epée debia llevar tan pronto la luz á ese mundo de tinieblas ¡cuánta hubiera sido su alegría! Mas aquel bienhechor de la humanidad aun no habia llegado y Cecilia se hallaba sin fuerzas contra esta crueldad de la suerte que el valor y la piedad de un hombre tenian que destruir un sacerdote debia ver mas lejos que una madre, y estaba reservado al espíritu que discierne encontrar el consuelo del corazon que tanto sufría.

(Traduccion).

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.



REVISTA DE LA SEMANA.

Aleluya.—Comedia de magia.—Vispera de un estreno.—Aventuras de medrosos —El año 1855 —Muerte de un artista.

Por fin se cantó el *Te-Deum*; por fin nuevas ilusiones de ayer son hoy perfectas realidades. No mas epidemia. El cólera ha desaparecido y Madrid ofrece de nuevo el agradable espectáculo de una corte animada. Los paseos se ven ya concurridos, los cafés atestados de gente; vuelven los medrosos al seno de Madrid y los teatros abren otra vez sus puertas.

En el de Novedades se ha estrenado una bonita comedia de magia, titulada *Batalla de diablos*, y original de D. Enrique Zumel, autor y actor, todo en una pieza. La obra en cuestion tiene bonitos versos, situaciones graciosas y decoraciones muy lindas. El pintor escenógrafo, señor Muriel, ha dado una prueba mas de su talento artístico y de su fácil inventiva.

La ejecucion ha sido regular por parte de todos los actores que desempeñan la comedia, y excelente por la de Felipa Diaz. Felipa Diaz es una actriz que reúne á un talento clarísimo una belleza grande, y yo, que siempre la he admirado por ambas apreciables cualidades, siento en el alma verla en



aquel teatro de Novedades, porque quisiera verla en otro mas digno de ella.

En el del Príncipe se estrenará, probablemente mañana, la comedia de Eguilaz *Los soldados de plomo*, tantas veces anunciada y por tantas empresas pretendida. Es de suponer que el éxito sea satisfactorio, pero vale mas no hacer juicios aventurados.

Nada digo de los teatros del Circo y de Jovellanos, porque en ellos no ha sucedido nada de nuevo ni de notable.

Desde que se ha cantado el *Te-Deum*, todos los ausentes de Madrid han comenzado á hacer el equipaje para volver á Madrid inmediatamente.

Esto puede tener sus desventajas. Un médico me ha asegurado que en cuanto comienzan las *avenidas* de medrosos, el cólera recrudecerá un poco; pero yo quiero que mis lectoras sepan en cambio otra cosa, y es, que el cólera no atacará á los que hemos permanecido fieles á nuestro deber, en la corte, como valerosos combatientes y esforzados campeones.

Así, pues, por mas que oigan Vds. decir que vuelve á haber casos, nada teman, y tengan por seguro que las personas atacadas pertenecen al número de los que *vienen* y no al de los que estaban.

Se anuncian bailes, *petits comités* y chocolates bulliciosos, como dicen los gacetilleros. Este año que viene va á ser alegre como ninguno; y en verdad que bien debe serlo después de tanta desventura como en el que está espirando nos ha sucedido.

Terrible ha sido, por cierto, este pícaro sesenta y cinco; las cuchilladas alternando con los palos; las tormentas alternando con las calamidades; las quiebras y los incendios alternando con las epidemias y con los duelos; en una palabra, todo fué horror y todo fué espanto. Apartemos la vista con terror de tan horrible cuadro.

Hablemos ahora de la muerte del tenor Giuglini.

El público de Madrid no habrá olvidado, estoy seguro, al distinguido tenor, cuya muerte lloran hoy todos los amigos del arte.

Profunda sensacion ha causado en el mundo musical tan sensible pérdida. A ella habia precedido en este mismo año la de otros eminentes tenores, Negrini y Bettini.

Los tres nombres, que hemos citado, eran

igualmente gloriosos para el arte. Los tres que los llevaban han muerto igualmente después de largos y crueles padecimientos. Parecia que el destino queria hacerles purgar el placer de sus triunfos pasados, ofreciéndoles una espina por cada flor que entonces recogieron.

Giuglini enloqueció antes de morir. Habia amado con toda la vehemencia que encerraba su coraçon de artista, y vió sus sueños y sus esperanzas destruidos sin piedad por el objeto de su tierna afeccion. El ídolo á cuyos pies depositaba todo el brillante fruto de su trabajo, á quien habia hecho dueño de los tesoros de amor y de fortuna que poseía, ese ídolo le abandonó indignamente, dejando en cambio en la cabeza del cantante el gérmen de la enfermedad que le ha llevado al sepulcro.

Giuglini tuvo que apurar la copa de la hiel mas amarga que nos ofrece el mundo: la ingratitude. Habia colmado de favores á una mujer, y esta mujer, al olvidarlos, se reía tambien de su generosidad. Habia depositado su confianza en un amigo, y le habia vendido, huyendo con la compañera del artista. Al entrar este un dia en su casa, la encontró desalojada.

El ídolo habia huido con su adorador, y este adorador era el amigo mas querido de Giuglini. Al abandonar á este, se habia llevado en recuerdo todo su caudal, sus alhajas y los objetos de valor.

¡Pobre Giuglini!

No persiguió á los fugitivos: no dió cuenta á los tribunales de aquella infamia. ¿No habia perdido en un momento la felicidad de su vida? ¿Qué le importaba la devolucion de sus bienes, si nadie podia devolverle á su alma la seguridad y confianza que le habian arrebatado? No: nada queria. Solo desde entonces no se fiaría de nadie; miraría con recelo á sus mejores amigos, y la mujer no existiría para él en el mundo.

Así procuró hacerlo, y del cumplimiento de estos propósitos nació la idea fija que le hizo perder la razon. La desconfianza en todo y en todos.

Giuglini ha muerto pobre; pero rodeado de amigos cariñosos y leales que han recogido con lágrimas su último suspiro.

Eusebio Blasco.



### ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN.

Fig. 1.<sup>a</sup> TRAGE DE NOVIA.—Vestido de raso blanco, de forma *princesa* por delante: detrás, la espalda está separada de la falda, y esta tiene recogido el vuelo en el talle, por medio de una tabla doble y muy ancha; sobre cada uno de los lados de esta tabla, se colocan lazos de pasamanería blanca de seda que terminan en cordones con borlas; el pecho se cierra con corchetes invisibles, y está adornado con lacitos de pasamanería semejantes á los del talle.

Cada paño de la falda lleva un adorno de pasamanería y borlas.

Manga estrecha, con hombreras de pasamanería lo mismo que el adorno de la parte inferior.

Cuello y mangas interiores de blonda blanca: guantes blancos.

Velo de tul de seda blanco.

Peinado á la griega adornado en la frente por una rama de flores de azahar; otra rama de las mismas flores forma la galería del peine.

Zapatos de raso blancos, y devocionario de marfil con broches de plata.

Este trage es tan bonito y tan sencillo, que se recomienda á la simple vista: se puede hacer tambien de tafetan blanco, cuya tela tiene un coste mucho menor que el raso.

Fig. 2.<sup>a</sup> TRAGE DE NOVIA PARA BAILE.—Vestido de glasé blanco: la parte inferior se adorna con un bullonado bastante ancho de tul blanco que se sujeta con cuentas blancas imitando perlas: estas cuentas no forman sartas, sino que se cosen sembradas sobre los bullones, lo que es de un efecto encantador.

Segunda falda de tul blanca recogida en los costados con un doble cordon de seda blanca que se enlaza en forma de cadenas, y termina en lazadas y grandes borlas.

Cuerpo de dos petos, de glasé, adornado por una berta bullonada y sembrada de cuentas blancas como el bajo de la primera falda.

Mangas muy cortas, formadas por un bullon de tul, y adornadas con lazadas de cordon de seda blanca.

En el pecho gran ramo de azahar; peinado griego, adornado de ramas de azahar.

Guantes de tres botones blancos, y brazaletes de perlas.

Nada tan lindo, como este atavio, podemos ofrecer á una bella y joven desposada para el baile de sus bodas: si el anterior es grave y sen-

cillo, este es riante y encantador, siendo tambien de un coste muy moderado: si se desea suprimir el gasto de los cordones de seda que recogen la segunda falda, se pueden reemplazar con lazos de cinta de glasé blanco, ó con rizados de tul sembrados de cuentas.

Fig. 3.<sup>a</sup> TRAGE DE GLASÉ AZUL CLARO.—En la parte inferior lleva un cruzado de entredoses de blonda blanca, que sirven de cabeza á un volante poco rizado.

Segunda falda de crespon azul, adornada por tres ruches de la misma tela.

Cuerpo de peto delante y detrás, con berta de crespon drapada, terminada por una blonda blanca, y adornada en el pecho y hombros con rosetas de crespon.

Mangas muy cortas de crespon.

Collar de cuentecitas de plata labrada, y grandes pendientes de plata.

Guantes blancos y cinta azul bordada de perlas en el peinado.

Este trage es muy apropiado para una señorita, sobre todo si la que lo ha de llevar es rubia: tambien sirve para señora joven, pues su solo defecto, en este caso, sería el ser de una extrema sencillez, defecto que mas bien nos parece un mérito que añadirle.

Fig. 4. TRAGE DE TERCÓPELO NEGRO DE FALDA MUY LARGA.—La parte inferior está ornada de un rizo volante de guipure, al que sirve de cabeza una tira de pasamanería.

Cuerpo de peto escotado con berta de guipure.

Las mangas, cortas, están formadas por un bullon de tul de seda blanco puesto doble, y del mismo tul es una camiseta que sale del escote,

Brazaletes y collar con medallon de oro lo mismo que los pendientes.

Peinado un poco alto, entrelazado con cordones de oro.

Guantes blancos.

Ocioso sería decir que este rico trage es solo propio de señora: la madrina de boda, ó una hermana mayor, no podrian hallar un modelo mas suntuoso, y á la vez mas elegantemente sencillo.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINÚES DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.





## LA FRANCE ÉLÉGANTE

Journal des Dames et des Salons.

Coiffures de Randon, 54, rue de Seine. Fleurs de Guelot, 5, rue Neuve. S<sup>t</sup> Augustin.  
Corsets de Josselin, 37, rue Louis-le-Grand. Robes de Mad. Rogev, r. Louis-le-Grand.  
Bijoux imités à l'ombre du vrai, 5, r. Vivienne. Parfums et Soins de toilette de Violet, fournisseur  
de l'Impératrice. Machines à coudre de Martougen, B<sup>d</sup> Sebastopol, 70.